



## Manazendaba y Zenzele

Hace mucho, mucho tiempo, en las tierras de África, el mundo era un lugar muy silencioso. No porque no hubiera ruidos, pues los pájaros cantaban y los leones rugían, sino porque no existían los cuentos. La gente se sentaba alrededor del fuego al caer la noche y solo miraba las brasas, pues no tenían historias que contar para pasar el tiempo o enseñar a sus hijos.

En una pequeña aldea vivía una mujer llamada Mazanendaba y su esposo, Zenzele. Tenían muchos hijos, pero Mazanendaba se sentía triste al verlos aburridos. Un día, Zenzele le dijo:

—Esposa mía, ve a buscar los cuentos. Yo me quedaré cuidando el hogar y a los niños.

Antes de partir, Zenzele, que era un talentoso artesano, talló con mucho esmero un cuadro de madera. En él grabó la imagen de su familia, su hogar y las montañas.

—Lleva esto contigo —le dijo—. Si encuentras a alguien que pueda darte las historias, entrégalo como regalo de nuestra parte.

Mazanendaba emprendió su viaje. Preguntó a la Liebre, pero ella estaba muy distraída; preguntó al Elefante, pero él solo recordaba dónde estaban los árboles frutales. Finalmente, el Águila le dijo que los cuentos no estaban en la tierra, sino en el fondo del mar.

Al llegar a la orilla del océano, Mazanendaba gritó hacia el horizonte hasta que una enorme Tortuga Marina asomó su cabeza entre las olas.

—¿Por qué me llamas, pequeña humana? —preguntó la Tortuga con una voz profunda.

—Busco cuentos para mi pueblo —respondió Mazanendaba—. Mi esposo ha tallado este cuadro para los Reyes del Mar. ¿Podrías llevarme ante ellos?

La Tortuga, impresionada por la valentía de la mujer, le pidió que se subiera a su caparazón. Juntas se sumergieron en las profundidades azules, bajando más y más hasta llegar a un palacio hecho de coral y perlas. Allí, sentados en sus tronos, estaban el Rey y la Reina del Mar.

Mazanendaba, con mucho respeto, les entregó el cuadro de madera de Zenzele. Los Reyes quedaron maravillados; ellos, que vivían bajo el agua, nunca habían visto cómo era la vida bajo el sol de la sabana. Estaban tan agradecidos que la Reina le entregó una concha mágica.

—Lleva esta concha a tu aldea —le dijo la Reina—. Cada vez que desees un cuento, ponla en tu oído y ella te susurrará una historia que deberás compartir con el mundo.

Mazanendaba regresó a la superficie montada en la Tortuga. Cuando llegó a su aldea, todos la esperaban con ansias. Ella se sentó junto al fuego, se puso la concha en la oreja y, por primera vez en la historia de la humanidad, comenzó a hablar: **Kwasuka sukela**... —dijo con una sonrisa.

Y así fue como, gracias al regalo de Zenzele y la valentía de Mazanendaba, los cuentos llegaron a nosotros y el silencio de las noches desapareció para siempre.

**Cosani.** (Y así termina mi historia).

# Manazendaba y Zenzele



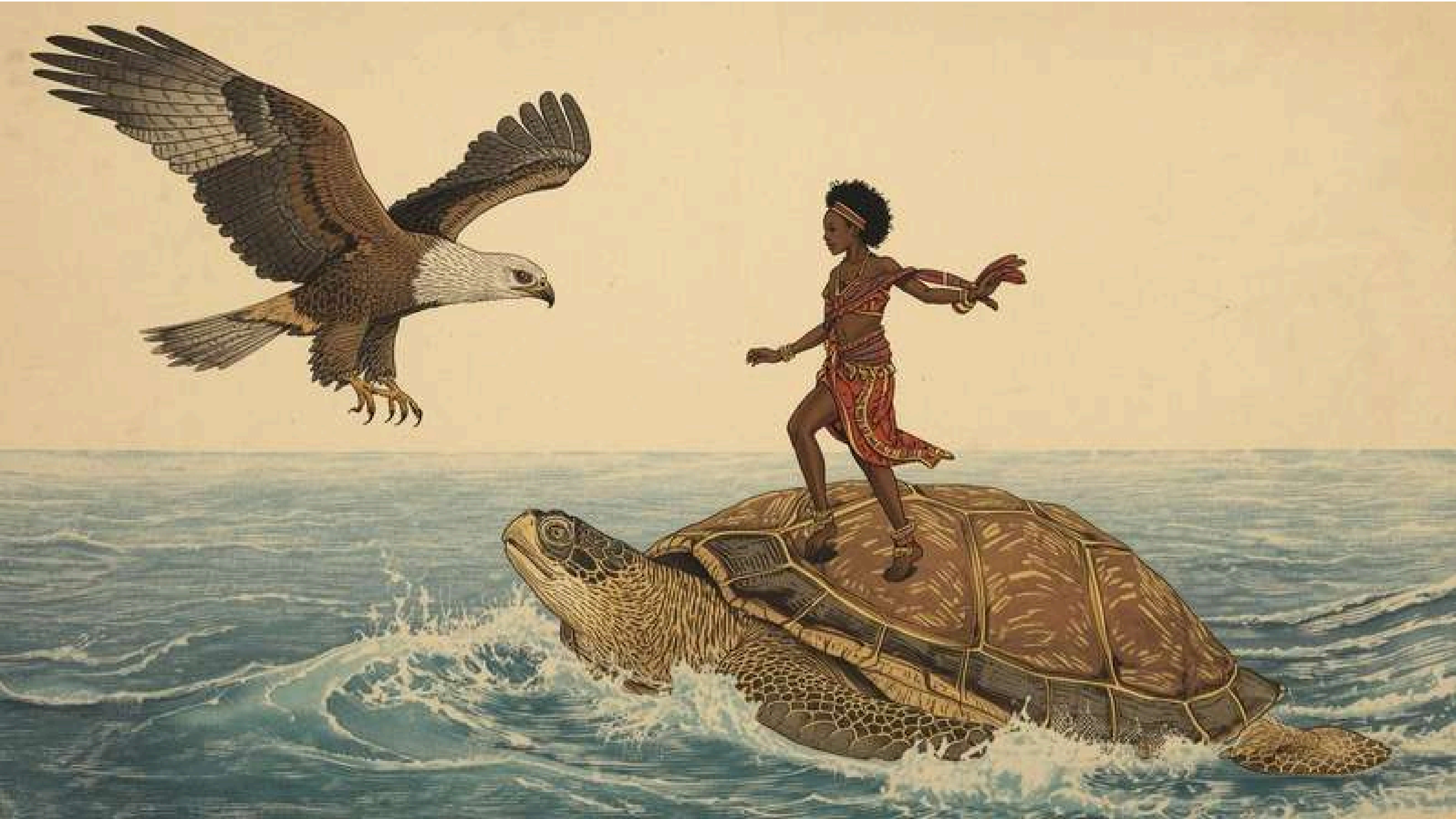






ZILL'Unafira









**¡Kwasuka sukela!**

